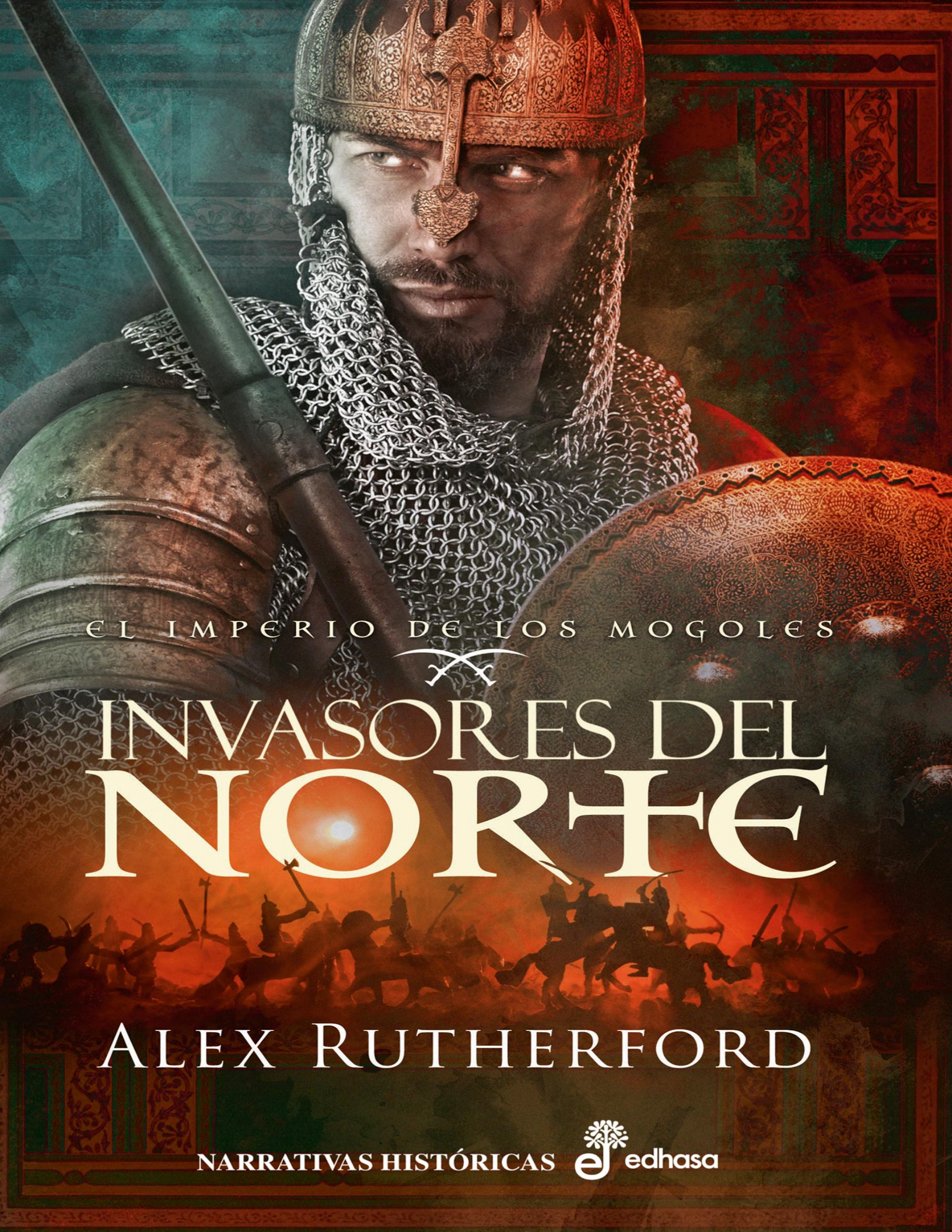




EL IMPERIO DE LOS MOGOLES

INVASORES DEL
NORTE

ALEX RUTHERFORD

NARRATIVAS HISTÓRICAS

 edhasa

INVASORES DEL NORTE

ALEX RUTHERFORD



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: febrero de 2021

Primera edición en e-book: enero de 2021

© 2009 by Alex Rutherford

© de la traducción: Julieta Lionetti

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4801-9

Producido en España

Mapa del mundo de Babur



Samarcanda



Personajes principales

Padres, hermanos, abuela y tío de Babur

Ahmed, rey de Samarcanda, tío

Esan Dawlat, abuela materna

Jahangir, medio hermano

Janzada, hermana mayor

Omar Cheik, rey de Ferganá, padre

Esposas de Babur

Ajicha, hija del jefe del clan Minglik

Maham, esposa favorita de Babur y madre de Humayun

Gulruj, madre de Kamrán y de Askari

Bibi Mubarak, hija del jefe del clan Yusafzai

Dildar, madre de Hindal

Hijos de Babur

Humayun

Kamran

Askari

Hindal

Primos de Babur

Azar Jan, noble de Ferganá

Mahmud, príncipe de Kunduz

Mirza Jan, caudillo de Ferganá

Tambal, noble de Ferganá

Círculo íntimo de Babur

Baburi, antiguo ayudante de mercado y el amigo más cercano de Babur

Baisangar, oficial de Samarcanda que luego se transforma en el comandante leal y más tarde, en suegro

Kasim, uno de los consejeros políticos, a quien a menudo le delega tareas de embajador

Wazir Jan, hermano de leche del padre de Babur, principal mentor y guía durante su infancia y sus primeros años de reinado

Abdul Malik, médico

Ferganá

Baba Qasqa, jefe de la casa real

Baqi Bei, astrólogo de la corte

Fátima, encargada del harén

Qambar Ali, visir

Reana, una anciana cuyo padre participó con Tamerlán en el saqueo de Delhi

Roxanna, concubina del padre de Babur y madre de Jahangir

Walid But, ayudante de campo de Esan Dawlat

Yagdar, favorita de Babur en los burdeles de Ferganá

Yusuf, guardián del tesoro

Líderes tribales

Ali Dost, uno de los jefes occidentales de Ferganá

Ali Gost, caballerizo mayor de Babur y, posteriormente, intendente general

Ali Mazid Bei, señor de Sharukiyya

Baba Yasaval, guerrero de la zona de Herat

Huseín Mazid, jefe de Sairam y primo de Ali Mazid Bei

Principal enemigo de Babur en Asia central

Shaibani Jan, poderoso líder de los clanes uzbekos y enemigo jurado del pueblo de Babur y de todos los descendientes de Tamerlán

Persia

Sah Ismail de Persia

Mulá Huseín, imán al servicio del sah Ismail

Turquía

Ali Kuli, maestro artillero

Kabul

Balul Ayub, gran visir

Haidar Taqi, guardián del Sello del Reino

Mohamed Muquim Argum, jefe del clan Hazara

Wali Gul, tesorero del reino

Indostán

Buwa, madre del sultán Ibrahim Lodi

Firoz Jan, caudillo indostanés

Familia real de Gwalior, propietarios del diamante Koh-i-Noor, «la Montaña de Luz»

Rana Sanga, gobernante hindú del estado de Mewar, en Rajastán

Sultán Ibrahim Lodi, gobernante del gran sultanato de Delhi y señor del Indostán

Roshanna, sirviente de Buwa

Ancestros de Babur

Gengis Kan

Tamerlán, una corrupción occidental del sobrenombre Tímur-i-Lang, que significa «Tímur el Cojo»

Montaña de luz

«No escribo esto para quejarme; he escrito la absoluta verdad. No escribo para ensalzarme, sino para dejar testimonio exacto de lo que ocurrió. En esta historia, me he propuesto escribir honestamente sobre todo. En consecuencia, he dejado por escrito todo lo bueno o lo malo que he visto de mi padre, de los familiares y de los extraños. Lector, sé indulgente...».

Baburnama (Diario de Babur),
fundador del Imperio mogol

INVASORES DEL NORTE

El imperio de los mogoles

Parte I

El heredero de Tamerlán

Capítulo 1

Muerte entre las palomas

En una pequeña fortaleza polvorienta de Asia central, en un crepúsculo de verano de 1494, las almenas de barro cocido, grises como la piel de un elefante durante el día, se sonrosaban a ojos de Babur. Mucho más abajo, el río Jaxartes espejeaba con un rojo apagado en su camino hacia el oeste, a través de las praderas ensombrecidas. Babur se movió en el escalón de piedra y volvió a prestar atención a su padre, el rey, que se paseaba por las murallas del fuerte con las manos apretadas contra los broches de turquesa de la túnica. Gesticulaba, excitado, mientras narraba con rapidez el cuento que su hijo de doce años había oído tantas veces con anterioridad. Pero valía la pena la repetición, pensó Babur. Escuchaba atentamente, dispuesto a los nuevos adornos que siempre se colaban en la narración. Sus labios se movían acompasadamente con los de su padre cuando el rey llegó al momento culminante... La parte que nunca cambiaba, porque cada una de sus frases grandiosas era sacrosanta.

—Y así fue que nuestro ancestro, el gran Tamerlán, Tamerlán el guerrero, cuyo nombre quería decir «hierro» y cuyos caballos sudaban sangre cuando él galopaba a lo largo del ancho mundo, conquistó un vasto imperio. Y, aunque había sido dañado tan cruelmente en su juventud que una pierna le había quedado más larga que la otra y cojeaba, conquistó las tierras desde Delhi al Mediterráneo, desde la rica Persia hasta los yermos que se extienden junto al Volga. ¿Pero acaso era suficiente para Tamerlán? ¡Por supuesto que no! Incluso ya entrado en años, era de complexión fuerte y robusta, duro como una roca, y su ambición no conocía límites. Su última empresa sucedió hace noventa

años, contra China. En sus oídos resonaba el trueno de doscientos mil guerreros a caballo; se mantuvo ileso y la victoria final le habría pertenecido si no fuera porque Alá lo reclamó para que descansara a su lado en el Paraíso. Pero ¿cómo logró todo esto Tamerlán, el más grandioso de los guerreros, más grandioso aún que tu otro ancestro, Gengis Kan? Veo la duda en tus ojos, hijo, y te asiste la razón al preguntar.

El rey palmeó la cabeza de Babur en señal de aprobación al comprobar que tenía completamente captada su atención. Y luego reanudó el cuento, con un chorro de voz que subía y bajaba con fervor poético:

—Tamerlán era listo y valiente, pero, sobre todo, era un gran líder para los hombres. Mi abuelo me contó que tenía unos ojos como bujías no resplandecientes. Una vez que los hombres miraban dentro de esas rajadas de luz acallada, ya no podían apartarse de él. Y, mientras Tamerlán les clavaba la mirada en el alma, les hablaba de la gloria, que reverberaría a través de los siglos y despertaría el polvo sin vida de sus huesos, que sería lo único que quedaría de ellos sobre la tierra; les hablaba de oro reluciente y de gemas centelleantes, y de mujeres de huesos delicados cuyos cabellos caían como cortinas de seda, tal y como las habían visto en los mercados de esclavos de la capital, Samarcanda. Pero, por encima de todo, les hablaba de su derecho de nacimiento, de su derecho de ser los amos de la tierra. Y, conforme la voz profunda de Tamerlán fluía sobre ellos, como rodeándolos, la imaginación se les poblaba de visiones de todo lo que tenían al alcance de la mano, y lo habrían seguido incluso hasta cruzar las abrasadoras puertas del infierno.

»No es que Tamerlán fuese un bárbaro, hijo mío. —El rey sacudió la cabeza vigorosamente, de tal manera que los flecos que solían colgarle del turbante de seda color granate oscilaron de un lado a otro—. No. Era un hombre cultivado. Su imponente ciudad, Samarcanda, era un sitio de elegancia y belleza, de erudición y saber. Pero Tamerlán sabía que un conquistador no debe dejar que nada ni nadie se interponga en su camino. Por eso, la crueldad se enseñoreaba de su alma hasta que cumplía su objetivo y, cuantos más lo supieran, mejor.

Cerró los ojos, imaginando aquellos días gloriosos. Se había dejado llevar por tal frenesí de orgullo y emoción que le caían gotas de sudor por la frente. Se las enjugó con un pañuelo de seda amarilla.

Babur, entusiasmado por las imágenes que su padre había evocado, sonrió, como para mostrarle que compartía con él la misma satisfacción jubilosa. Pero, aun así, de repente, el rostro del padre cambió. La luz ardiente de los ojos oscuros se desvaneció, y la expresión se tornó abatida, casi taciturna. La sonrisa de Babur se quebró. El cuento de su padre solía terminar con aquel panegírico de Tamerlán, pero ese día el rey continuó el relato en un tono lóbrego del que había desaparecido toda vitalidad:

–Pero yo, descendiente del gran Tamerlán como soy, ¿qué tengo? Tan sólo Ferganá, un reino que no alcanza setenta leguas de largo por cuarenta de ancho. Míralo: un lugar donde las ovejas y las cabras pastan en unos valles rodeados de montañas por tres lados. –Extendió un brazo hacia los picos elevados y rodeados de nubes del monte Beshtor–. Sin embargo, cien leguas al oeste, mi hermano gobierna la dorada Samarcanda, y, al sur del Hindukush, mi primo domina la rica Kabul. Soy el pariente pobre al que se desaira y se desprecia. Sin embargo, mi sangre, que es la tuya, es tan buena como la de ellos.

–Padre...

–Y, aun así, todos nosotros, los príncipes de la casa de Tamerlán –lo interrumpió el rey con voz temblorosa por la emoción–, ¿qué somos comparados con él? Litigamos como mezquinos caudillos mientras cada uno lucha para mantener un pequeño retazo de su poderoso imperio. Soy tan culpable como el resto. –Sonaba verdaderamente enfadado–. Si Tamerlán regresara entre nosotros, nos escupiría a la cara, por idiotas. Nos mostramos orgullosos de llamarnos Mirza, «los retoños del soberano», e impacientes por decir que es nuestro ancestro, pero ¿estaría igualmente dispuesto él a reconocernos? ¿Acaso no tendríamos que caer de rodillas y rogarle perdón por haber disipado su herencia y haber olvidado nuestra grandeza?

El rey cogió a Babur por los hombros con tal fuerza que le hizo daño.

—Ya eres lo bastante mayor como para entenderlo. Y por eso te lo cuento. Tenemos una deuda con Tamerlán. Él fue un gran hombre, hijo mío. Su sangre es tu sangre. Nunca lo olvides. Sé como él, si puedes. Vive a la altura de tu destino y haz que sea más ilustre que el mío.

—Lo intentaré, padre... Lo prometo.

Por un instante, los ojos del rey examinaron el rostro de Babur. Luego, aparentemente satisfecho, gruñó y se apartó. Babur se quedó sentado, muy quieto. El inesperado arrebató de su padre lo había conmovido. Mientras asimilaba sus palabras, se dio cuenta de que el sol casi se había puesto. Como muchas otras tardes, observó el paisaje escarpado que suavizaba la luz del ocaso. Los gritos de los jóvenes que pastoreaban ovejas y cabras de regreso a sus pueblos emergían en la creciente penumbra. Como también los mansos e insistentes arrullos de la bandada de palomas favorita de su padre, que aleteaba de vuelta al palomar.

Babur oyó el discreto suspiro que escapó de los labios del rey, como si reconociera que la vida todavía reservaba placeres, pero también decepciones. Observó cómo tomaba un refrescante trago de agua de la bota de cuero que llevaba colgando al costado y que, relajado nuevamente y con su habitual buen humor, se daba la vuelta y echaba a correr a lo largo del adarve, hacia el palomar cónico que se elevaba en lo alto de la muralla y que, en parte, pendía como un saledizo sobre el seco barranco. Los pantuflos de seda roja bordados de oro hacían el ruido de una bofetada sobre el suelo de barro cocido, y ya extendía los brazos, listos para acoger entre las manos a sus palomas favoritas y acariciar sus cuellos rechonchos con la ternura de un amante. Babur no entendía esa atracción. Estúpidos pajaritos. Era mejor encontrárselos desplumados y cocidos en una salsa de granadas y nueces picadas.

La imaginación de Babur volvió a Tamerlán y a sus soldados saqueadores. ¿Cómo sería sentir que el mundo entero te pertenecía? ¿Tomar una ciudad y hacer que su rey se retorciera en el polvo a tus pies? Su padre tenía razón. Cuán diferente debía ser de gobernar tan sólo aquel pequeño reino de Ferganá. La política trivial de la corte de su padre lo aburría. El visir principal, Kambar Ali, apestaba como una

mula vieja en sus ropajes sudados. Si hasta se parecía a una, con esos dientes largos y amarillos. Y siempre estaba tramando algo, cuchicheando al oído del rey, mirando de reojo a uno y otro lado, con los ojos inyectados en sangre, por si alguien los observaba. Tamerlán le habría cortado la cabeza a ese repugnante idiota sin pensárselo dos veces. Tal vez lo hiciera él mismo cuando por fin fuera rey.

Pronto sería la hora de la plegaria y, después, tiempo de ir a las dependencias de las mujeres para comer. Bajó del escalón de un salto. Y en ese momento oyó un formidable estruendo. Las almenas se estremecieron bajo sus pies y, pocos segundos después, se produjo un derrumbamiento sordo. Extendió una mano para agarrarse, no podía ver nada. ¿Qué estaba pasando? ¿Un nuevo temblor de tierra de los que a veces sacudían el palacio? No, aquel ruido había sido diferente. Boqueó, asfixiado, y la boca se le llenó de un polvo asfixiante; lagrimeaba involuntariamente, porque los ojos necesitaban limpiarse. De manera instintiva, Babur se cubrió la cara y la cabeza con las manos. Oyó unos ligeros pasos a la carrera ligera y enseguida sintió que unos brazos fuertes lo asían y lo arrastraban hacia atrás.

—Majestad, estáis a salvo.

Reconoció aquella voz grave. Wazir Jan, el jefe de la guardia personal de su padre.

—¿Qué quieres decir...?

Le resultaba difícil hablar; tenía la boca seca y llena de arena, y la lengua le parecía demasiado grande para ajustarse a esa cavidad. Sus palabras sonaban pastosas, incomprensibles, y volvió a intentarlo:

—¿Qué ha pasado? —logró decir—. No ha sido un terremoto, ¿verdad?

Babur se esforzaba por abrir los ojos y, al cabo, pudo ver la respuesta por sí mismo. Una gran parte de la fortificación donde antes se erigía el palomar ya no estaba allí, como si una mano gigantesca se hubiese extendido para arrancar la corteza de una tarta. Desecada y agrietada por el intenso calor del verano, se había desplomado. Las palomas aleteaban en el aire como copos de nieve.

Babur se soltó de los brazos protectores del soldado con ansiedad y se movió precipitadamente hacia allí. Buscó a su padre. No lo veía. Se le

revolvió el estómago. ¿Qué le habría pasado?

–Majestad, volved, por favor.

Un sudor frío le cubrió la frente mientras se abría paso entre lo que quedaba de las almenas y se asomó para mirar el barranco. A causa del polvo, que se asentaba lentamente, apenas si podía distinguir los restos de la muralla y del palomar que en ella descansaba, ambos pulverizados contra las rocas. No había señales de su padre. De pronto, Babur distinguió el turbante color granate suspendido garbosamente de la rama de un arbusto que brotaba de una grieta en la roca. Sin duda, había caído junto con el palomar. Sin duda, estaba sepultado. Quizás herido, quizás incluso muerto, pensó Babur, con un escalofrío.

Mientras él miraba hacia abajo, un grupo de soldados, con antorchas encendidas en la mano, corrían desde la puerta de la fortaleza y bajaban a gatas por las paredes rocosas del barranco.

–¡Deprisa, imbéciles, deprisa! –se desgañitaba Wazir Jan, que se había acercado al lado de Babur y, de nuevo, lo sujetaba en actitud protectora.

Contemplaron la escena en silencio. Iluminados por la luz anaranjada de las antorchas, que brillaban en la oscuridad creciente, los soldados arañaban los escombros. Uno encontró una paloma muerta e, impaciente, arrojó a un lado el pequeño cuerpo flácido. Al instante, un milano se lanzó en picado y se la llevó volando.

–Padre...

Babur era incapaz de detener los temblores que se habían enseñoreado de su cuerpo. Por debajo, en el barranco, mientras los hombres retiraban restos de barro y piedra, entrevió algo que parecía un trozo de tela. La túnica de su padre. Hasta hacía un instante había sido de color azul celeste. Ahora estaba manchada de púrpura. Al poco, los soldados ya tiraban del cadáver de su padre. Para Babur, resultaba tan exánime y estaba tan roto como el de la paloma. Los soldados alzaron la cabeza para mirar a su comandante, sobre la muralla, a la espera de un gesto que les dijera qué hacer.

Wazir Jan les indicó por señas que entraran el cuerpo en la fortaleza. Y, con gentileza, apartó a Babur del borde y de la visión del destrozo que yacía en el fondo del barranco. Con expresión sombría, pero

también considerada, miró un momento al muchacho. Luego cayó de hinojos y apoyó la frente en el suelo.

–Todos alabamos a Babur Mirza, nuevo rey de Ferganá. Que el alma de vuestro padre vuele como un pájaro hasta las puertas del Paraíso.

Babur lo miraba fijamente, tratando de asimilar lo que acababa de oír. Su padre –tan lleno de vida hacía sólo unos momentos– estaba muerto. Nunca más oiría su voz ni sentiría su mano cálida en la cabeza ni ese fuerte abrazo suyo. Nunca más lo acompañaría en sus cacerías por los valles de Ferganá, ni se sentaría a su lado cerca de la hoguera del campamento por la noche mientras escuchaban el canto de los guerreros que se perdía en el viento creciente. Se puso a llorar, primero en silencio, y después sonoramente, sacudido por grandes sollozos que le brotaban del fondo de las tripas.

La duda y la incertidumbre, pero también la pena, lo abrumaron. Ahora era el rey... ¿Estaría a la altura de las esperanzas de su padre y de la gloria de sus ancestros? Por alguna razón, un rostro más enjuto y antiguo, con pómulos prominentes y unos ojos fríos y decididos, reemplazó la imagen de su padre que vislumbraba en pensamientos. Y le pareció oír el mantra tantas veces repetido por el rey: «La sangre de Tamerlán es mi sangre». Sus propios labios lo repitieron, en voz baja primero, y después con más convicción. Sería el orgullo de Tamerlán y de su padre.

Se irguió cuan alto era y, limpiándose la cara manchada de lágrimas y polvo con la manga, se volvió.

–Debo ser yo quien anuncie a mi madre lo ocurrido.

* * *

Por muy atractiva que le resultara Farida, su esposa más joven y bonita, esta vez el coito le había resultado a Kambar Ali más indiferente que de costumbre. El visir estaba preocupado. La muerte repentina e insólita del rey le había dado muchas cosas en que pensar y poco tiempo para actuar, si así lo deseaba. ¿Un niño de doce años como rey? Tal vez... Pero, a lo mejor, tal vez no. A toda prisa, el visir se salpicó las

ingles con un poco de agua, se volvió a vestir con la túnica de brocado de color azul marino y salió del aposento de Farida sin volver la vista atrás.

Mientras avanzaba por los corredores interiores de la fortaleza, iluminados por parpadeantes lámparas de aceite, se oían los lamentos en el harén real. Eso significaba que el duelo oficial había comenzado, encabezado, sin duda, por la madre y la abuela de Babur, dos mujeres formidables. Tendría que ser precavido con ellas. Ninguna de las dos iba a estar tan transida de dolor como para dejar de proteger y apoyar los intereses de Babur.

El visir se dirigió a la sala de audiencias real, donde había mandado llamar a los oficiales del reino. Cuando dos guardias le abrieron las puertas, cubiertas de cuero verde y tachonadas de bronce, vio que tres de ellos se le habían adelantado. Yusuf, el corpulento guardián del erario, con la llave de oro de su ministerio colgando de una larga cadena al cuello, deformado por el pliegue de la papada; Baki Bei, el diminuto astrólogo de la corte, cuyos dedos delgados e inquietos retorcían las cuentas de una camándula, y el fibroso y cejudo Baba Qasqa, jefe de la casa real. Sólo faltaba Wazir Jan.

Aquellos tres hombres tan diferentes entre sí se encontraban sentados con las piernas cruzadas sobre la alfombra roja ricamente estampada que se extendía bajo el trono vacío. Sin su ocupante, parecía pequeño, desvaído, insignificante; el chapado, sin brillo, y los cojines de terciopelo rojo con sus borlas de oro, raídos por el uso y el tiempo.

–Bien –dijo Kambar Ali, posando la mirada en los rostros de los reunidos–, ¿quién lo habría pensado? –Se calló y esperó, porque quería juzgar sus puntos de vista antes de decir nada más.

–Ha sido la voluntad de Dios –rompió el silencio Baki Bei.

–Una pena que no hayas presagiado lo que iba a pasar. Por una vez, las estrellas mantuvieron sus secretos velados ante ti –repuso Baba Qasqa.

El astrólogo sintió un arrebató de ira ante las maliciosas palabras del jefe de la casa real.

–Dios no siempre desea que el hombre conozca su destino, especialmente cuando se trata de un gobernante que es como un dios para su pueblo y ha de actuar por ellos tanto como por sí mismo.

–No quise ofender, pero, si el rey hubiese previsto su propia muerte, no habría dejado a un chico de doce años como heredero –dijo Baba Qasqa con lentitud, y sacudió la cabeza.

–En efecto. –A Kambar Ali se le aceleró el pulso–. El reino necesita un gobernante fuerte y experimentado para sobrevivir. Tendremos a Shaibani Kan y a sus perros uzbekos aullando a nuestras puertas en cuanto se entere de la noticia. Ha jurado que levantará una torre con las cabezas sangrantes y sin ojos de todos los príncipes de la casa de Timur. Un joven endeble no lo mantendrá mucho tiempo fuera de Ferganá.

Todos asintieron con cara de circunstancias, como si su única preocupación fuese el bienestar de Ferganá.

–Y no sólo debemos temer a los uzbekos. Nuestro difunto rey tenía muchos enemigos dentro de su propia familia: sus incursiones por el oeste, más allá de la frontera de las tierras de su hermano, el rey de Samarcanda, no habrán caído en el olvido.

–Por supuesto. El rey de Samarcanda es un gran guerrero –dijo Kambar Ali con parsimonia–. También lo es el kan de Mogolistán.

Por un momento, su mente divagó en el recuerdo de aquella bolsa de terciopelo color púrpura, llena de monedas de oro, que el kan había colocado en sus receptivas manos durante la última visita a Ferganá. Y en sus palabras: «Si Ferganá me necesitara, sólo tienes que avisarme, y vendré». Seguramente, el kan lo recompensaría generosamente a cambio de regalarle el trono.

–También está el señor de Kabul. Él también pertenece a la casa de Timur: es primo de nuestro difunto rey. –Baba Qasqa miró al visir a los ojos–. Protegería a Ferganá...

Kambar Ali, inclinando la cabeza en una reverencia que indicaba asentimiento, decidió de inmediato que aquella misma noche enviaría un mensajero a través de las montañas con rumbo al noreste para presentarse ante el kan de Mogolistán. Si no, podía perder la oportunidad.

–Debemos ser cautelosos y no precipitarnos, no sea que nos equivoquemos –dijo entonces, en tono grave–. Necesitamos tiempo para reflexionar y valorar qué es lo mejor para el príncipe Babur. El trono tiene que ser suyo cuando llegue a la edad de gobernar. Hasta entonces, debería buscar un regente entre los gobernantes vecinos que ayudara a mantener a Ferganá al resguardo de sus enemigos.

Babur no debía subir nunca al trono, pensó para sus adentros. Un pequeño accidente no tardaría en llegar. Sería tan sencillo...

Los cuatro hombres se pusieron en guardia cuando Wazir Jan entró en la sala. Parecía cansado, y en su cara, lívida y en carne viva, destacaba la cicatriz rosada que le cruzaba la cara morena, recuerdo de un tajo de espada que también se había llevado la visión de su ojo derecho, como si se la hubiesen hecho apenas unas semanas atrás.

–Señores, mis disculpas. –Se puso la mano sobre el pecho e hizo una inclinación de cortesía hacia Kambar Ali, reconociendo su condición de jefe entre todos ellos–. He montado una doble guardia alrededor del fuerte, aunque todo está tranquilo. Ya están preparando el cuerpo del rey, y todo está listo para los funerales de mañana.

–Tienes todo nuestro reconocimiento, Wazir Jan. Te lo agradezco.

–¿Estabais hablando de nombrar un regente para Ferganá? –Wazir Jan se sentó al lado de Kambar Ali, y le clavó su único ojo con tal imperturbable intensidad que el visir se molestó.

–Eso hacíamos. El príncipe Babur es demasiado joven para llevar sobre sus hombros la responsabilidad del gobierno. Y nos enfrentamos a una amenaza por parte de esos perros uzbekos. –El visir simuló un escupitajo al pronunciar «uzbekos».

–Es cierto que el príncipe es joven, pero es el único hijo del rey que lo ha sobrevivido y ha sido educado desde la tierna infancia para reinar. Es su destino, y es lo que su padre habría deseado. Babur es valiente, enérgico y aprende con rapidez. Nadie mejor que yo para saberlo. A petición del rey, especialmente cuando quedó claro que Babur sería su único heredero, he dedicado mucho tiempo a su instrucción en el uso de la espada y el arco, en el manejo de la lanza y el hacha de guerra. Babur también es más astuto de lo que cabe esperar de alguien de su

edad. No hay duda de que nosotros cinco lo podremos guiar en sus primeros pasos –comentó Wazir Jan, con discreción.

–Mi querido Wazir Jan, ojalá fuese todo tan simple... –El visir sonrió–. Si éstos fuesen tiempos de paz, tu plan sería adecuado; pero las ambiciones de los uzbekos no conocen límites. En cuanto tengan noticia de que el rey de Ferganá ha muerto, dejando el reino en manos nada menos que de un niño, los tendremos sobre nosotros, para arrancarnos las entrañas y violar a nuestras mujeres.

–¿Qué propones entonces, visir?

–Debemos pedir a alguno de los parientes del rey que guarde el trono hasta que el príncipe Babur crezca. La pregunta es: ¿a cuál de ellos?

–Entiendo. Bueno, no soy más que un soldado... y todavía tengo mucho que hacer esta noche. Vuestras cabezas son más sabias que la mía. Que Dios os guíe hacia la mejor decisión para nuestro reino.

Wazir Jan se puso en pie, hizo una reverencia y salió a paso lento de la sala de audiencias. Tan pronto como estuvo fuera, alargó el paso en dirección al harén real, situado al otro lado del patio, en el lado opuesto de la fortaleza.

* * *

Babur, sentado junto a su madre, Kutlug Nigar, dejaba que lo consolara. Ella acariciaba la larga melena oscura de su hijo. Cuando, vacilante, le había contado la tragedia, se había puesto tan pálida que tuvo miedo de que se desmayara, mientras lo miraba fijamente con unos ojos tan inexpresivos como los de una ciega. A medida que la realidad se había ido colando en su conciencia, empezó a mecerse hacia atrás y hacia delante, y un terrible y agudo gemido de dolor, que ganaba intensidad, había subido desde lo más profundo de su ser. Aunque el rey había tenido concubinas, ella había sido su única esposa, y el vínculo entre ellos era fuerte.

Su abuela, Esan Dawlat, pulsaba las cuerdas de un laúd. Las tristes notas resonaban y se elevaban por la sala como un pájaro en busca de refugio. El pelo blanco, tan espeso como lo había lucido cuando todavía

era una niña –o al menos de eso le gustaba jactarse–, le colgaba en una trenza que descansaba sobre el hombro. Tenía los ojos reseco y los párpado enrojecido, pero se había controlado. Después de todo, como le había dicho a Babur mientras contenía las lágrimas con determinación, ella era una *kanin*, una descendiente directa de Gengis Kan, el hombre al que llamaban «Soberano Oceánico», quien, doscientos años antes que Tamerlán, se había apoderado de la mitad del mundo conocido.

Mientras observaba el rostro de su abuela, Babur recordó las constantes discusiones que mantenía con su padre sobre quién había sido el guerrero más grande: si Gengis Kan o Tamerlán. Esan Dawlat siempre contaba que Babur había sido un bebé cabezón que había exigido un parto largo y doloroso, durante el cual ella nunca había dejado de reconfortar a su hija con predicciones como, por ejemplo, que, tal como Gengis, Babur nacería apretando un coágulo de sangre en el pequeño puño, un símbolo de su destino guerrero. Pero se había equivocado. No obstante, había continuado con un «al menos será un gran soberano».

Como si se diera cuenta del examen de su nieto, Esan Dawlat dirigió la mirada a Babur, y el chico vio en aquellos ojos algo que nunca había estado antes allí: incertidumbre. Dejó el laúd.

–Janzada, manda a buscar sorbetes –espetó a la nieta de dieciséis años.

Babur miró a su hermana, alta y grácil, que se ponía de pie de un salto para llamar a algún sirviente. Cuando llegó a la entrada de la habitación, donde la luz de las lámparas de aceite era más débil, casi chocó con Fátima, la encargada del harén. Su cara redonda y sencilla estaba bañada en lágrimas.

–Ama –empezó diciendo, antes de que Janzada tuviera oportunidad de mencionar los sorbetes–, ama, Wazir Jan ruega una audiencia con vuestra augusta madre y vuestra abuela.

–¿No puede esperar hasta la mañana? Están llorando la muerte del rey y necesitan descanso.

–Dice que es urgente –dijo Fátima, e hizo un gesto de súplica con la mano, como si intercediera por el soldado.

Janzada miró a su madre y a su abuela, que intercambiaron una mirada.

–Lo recibiremos ahora –contestó Kutlug Nigar–. Babur, retírate, por favor.

–¿Por qué? Debería quedarme.

–Haz lo que te digo –respondió la madre, reacomodándose en su sitio.

–No –dijo Esan Dawlat–, es el nuevo rey de Ferganá. Cualquier cosa que Wazir Jan tenga que decirnos lo afecta a él más que a ninguna de nosotras. Deja que se quede.

Kutlug Nigar echó una mirada al rostro joven y serio de su hijo, en el que destacaba una mandíbula decidida, y al fin asintió. Las tres mujeres se cubrieron la parte inferior de la cara con el velo y compusieron el semblante. La abuela se sentaba en el medio, flanqueada por la hija y la nieta. Babur se puso en pie y se alejó de ellas. Las palabras de Esan Dawlat se removían en su interior. Estaba inquieto, pero también entusiasmado.

Wazir Jan se inclinó en el dintel bajo, postrándose delante de las mujeres.

–Perdonad esta intrusión a altas horas de la noche, vuestras majestades.

–¿De qué se trata? –Por encima del velo, los ojos sagaces de Esan Dawlat escrutaban sus facciones.

–Tiene que ver con su majestad. –Durante un segundo, Wazir Jan dirigió su mirada a Babur, que permanecía entre las sombras–. Éste no es un lugar seguro para él. Incluso mientras hablamos, hay hombres que se conjuran en su propio provecho para arrebatarse el trono.

–Debes hablar con más claridad. ¿Quiénes son los que conspiran? –preguntó Esan Dawlat. Se le habían subido los colores, y unas manchas rojizas e irregulares se destacaban en sus pómulos prominentes.

–Confiamos en ti –dijo Kutlug Nigar, en un tono más amable–. Eras el comandante más leal del rey. Más aún, la mujer que te parió de sus entrañas fue el ama de leche de mi marido, lo que os convirtió en hermanos de leche, unidos por lazos tan profundos como los de la sangre. En los tiempos que están por venir, acudiré a ti para que honres

ese vínculo..., para que protejas a mi hijo tal y como su padre lo hubiese hecho... Por favor, habla con franqueza. ¿Qué sabes?

—Hay hombres de disposición sombría, impacientes y sediciosos, que intrigan contra vosotros. El visir y otros miembros del consejo real planean ofrecer el trono a un tercero. Creen que sólo oí el final de sus conversaciones, pero, escondido fuera, lo escuché todo. Sostienen que es por el bien del país, que vuestro hijo es demasiado joven para gobernar y que el caos caerá sobre Ferganá si no designan un regente hasta que él esté en edad de subir al trono. Pero los gobernantes vecinos los tienen comprados a todos desde hace tiempo. Cada uno de ellos apoyará a su propio protector. Habrá conflictos internos, y serán obra de ellos. A causa de la avaricia que los caracteriza, diferentes rivales batallarán por el trono, sembrando la enemistad en el reino una y otra vez. Y quienquiera que resulte victorioso, vuestro hijo no vivirá por mucho tiempo. Siempre será una amenaza..., hasta que esté muerto.

—Eso es imposible. Las vidas de los príncipes timúridas son inviolables en nuestro código de honor... —A Kutlug Nigar le falló la voz.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Esan Dawlat, aferrando con fuerza el brazo de Wazir Jan. A pesar de su constitución delgada, había en ella una fuerza marcial. No sólo corría por sus venas la sangre de Gengis Kan, también tenía su espíritu.

—Eso, ¿qué debemos hacer? —Babur salió de entre las sombras. Su rostro, a la luz parpadeante de las lámparas de aceite, se mostraba resuelto y firme.

—Tenemos que ser rápidos. Tenemos que ser tajantes —contestó Wazir Jan con brusquedad—. Mañana, inmediatamente después del funeral de su majestad, vuestro padre, debemos proclamaros rey, aquí mismo, en la mezquita real, dentro de la fortaleza. Una vez que el mulá haya leído el sermón en que os nombra rey ante Dios, cualquiera que os desafíe será un traidor. Y debemos asegurarnos de tener a nuestros aliados cerca para que den testimonio. Mis guardias son leales. También lo serán muchos de los nobles de Ferganá..., especialmente si prometéis premiar su lealtad.

–Tráeme para escribir; pergamino, tinta y una pluma –pidió Esan Dawlat a su nieta–. No pasaremos esta noche en duelo, no sea que nuestra indolencia nos depare aún mayores aflicciones. Conozco a aquellos a quienes podemos encomendarnos y a los que no son de fiar y engañosos. La gente cree que mis viejos ojos y oídos no me dejan darme cuenta de nada, pero sé perfectamente lo que está pasando. No me fío de ningún escriba para redactar cartas como éstas, así que lo haré yo misma. Wazir Jan, asegúrate de que todas y cada una lleguen sanas y salvas a sus destinatarios. Si alguien tuviera el atrevimiento de preguntarte de qué tratan, les dirás que son invitaciones para las honras fúnebres. Lo que en parte es verdad, pero también serán invitaciones para la ceremonia de la coronación de Babur. Voy a convocar a todos los caudillos de confianza que vivan a medio día de cabalgata al galope de Akhsi. Les pediré que hagan su camino hasta la mezquita en secreto y en silencio, que salgan tan pronto como vayan a comenzar las honras fúnebres –concluyó, y enseguida añadió–: Babur, siéntate a mi lado y sostén la lámpara de aceite cerca.

Conforme la noche avanzaba y la ciudadela se envolvía en el silencio, Babur observaba a la anciana, que escribía y escribía, deteniéndose sólo para afilar la pluma y para pedir más tinta. Era extraordinario, reflexionó, todo lo que sabía de las rivalidades entre los diferentes linajes y de las enemistades enconadas, pero también de los complejos vínculos matrimoniales y las profundas lealtades personales que existían entre los clanes, que se remontaban casi hasta los días de Gengis Kan. Por primera vez se sintió agradecido hacia su abuela, por todas las horas que lo había obligado a pasar estudiando quiénes eran amigos entre los caudillos, quiénes enemigos y –más importante todavía– por qué. Y, cuando miraba la fina y resuelta línea de sus labios, se sentía feliz de contarla como aliada.

A medida que las cartas se terminaban de escribir –la caligrafía túrcica extendida por toda la página–, se doblaban, se sellaban con cera roja y eran entregadas a Wazir Jan, quien las confiara a sus soldados. Fuera, en el patio, resonaban los cascos de los caballos que partían. Esan Dawan

sólo dejó a un lado la pluma cuando sonó la llamada a la plegaria, en medio de la neblina de la madrugada.

Capítulo 2

A primera sangre

Montado a caballo, Babur observaba a los ocho guardias de Wazir Jan que cargaban con el sarcófago de jade gris verdoso en el que el cadáver de su padre iba camino de la tumba. Gruesas pieles de oveja les protegían los hombros contra la dureza de la piedra, pero el peso del ataúd era enorme. El sudor corría por aquellas caras curtidas del viento; uno de los ellos tropezó y a punto estuvo de soltar su carga. Hubo un grito ahogado de la multitud congregada: habría sido un suceso espantoso que el sarcófago cayera al suelo. A Babur se le hizo un nudo en el estómago y lanzó una mirada al visir, a pocos pasos de distancia, pero la cara de tortuga de Kambar Ali se mantuvo impassible.

—Con cuidado, hombre, estás llevando a nuestro rey.

Ante el tono mordaz de la voz de Wazir Jan, el guardia se afianzó y volvió a apuntalar el peso sobre el hombro, y los portadores siguieron arrastrando los pies lentamente mientras entraban en el pasadizo que bajaba a la cámara funeraria, en el corazón de la tumba.

El rey había planificado su mausoleo con mucha anticipación. Babur era apenas un bebé que lloriqueaba en brazos de su pechugona ama de leche cuando convocó a canteros y artesanos de todos los rincones de Ferganá y más allá. Bajo su dirección, trabajaron en las orillas del río Jaxartes, a aproximadamente media legua al oeste de la fortaleza de Akhsi, para crear una versión reducida de la última morada de Tamerlán en Samarcanda. Ese día, las teselas de brillante aguamarina en contrapunto con el intenso azul cobalto de la cúpula ovoide centelleaban bajo el sol de junio. Su padre habría estado orgulloso,

pensó Babur, y la idea le arrancó una semiabierta sonrisa que le cruzó el rostro, tenso.

Cuando el sarcófago desapareció de la vista, un gran lamento surgió de la multitud: tanto de los cortesanos y los caudillos con sus túnicas de seda como de los sencillos pastores que apestaban por el olor de los animales a los que cuidaban. Hombres de toda condición se rasgaron las vestiduras y se espolvorearon con tierra las cabezas tocadas por turbantes, en un rito que se remontaba incluso a tiempos anteriores a Gengis Kan. ¿Qué pensaban, en realidad? ¿Cuántos eran sinceros en su aflicción como lo era él? Estas preguntas se hacía Babur. Los caudillos habían venido en respuesta a los llamamientos de Esan Dawlat, pero, una vez allí, ¿podría contar con ellos?

«Desconfía de los que parecen vacíos de ambiciones, pues será mentira», solía advertirle su padre. Ante este recuerdo, Babur no pudo evitar dirigir la mirada hacia Wazir Jan, pero se sintió avergonzado inmediatamente. Con su padre muerto, después de su madre y su abuela, el alto soldado de espalda recta que conocía de toda la vida era la persona en quien más confiaba en el mundo. Pero ¿qué pensar de aquel caudillo de barba gris, el que había cabalgado con tanto ahínco desde su bastión en las montañas durante toda la noche, hasta el punto de que sus vestiduras estaban manchadas de su propio sudor y del de su caballo? ¿O de aquel otro dentado, con la cabeza afeitada a la manera de los antiguos mogoles, que una vez había sido proscrito por su padre por intrigante, fraudulento y codicioso y a quien sólo se había otorgado el perdón recientemente? Esan Dawlat se había visto forzada a correr riesgos con la esperanza de convocar aliados, pero, incluso a su edad, Babur sabía que algunos de ellos podían cambiar de opinión con facilidad.

Pero todo ese asunto debía esperar. Antes había que enterrar a su padre. Wazir Jan, con la cabeza inclinada, sujetó las riendas enjovadas del caballo, y Babur desmontó. Se enjugó una lágrima y respiró hondo, preparado para guiar al mulá favorito de su padre y a los dolientes más importantes hasta la cripta subterránea para que presentaran sus últimos respetos. Durante una fracción de segundo, echó de menos la caricia

suave de su madre. Pero Kutlug Nigar esperaba en el harén, junto a su hermana y su madre, como correspondía. Ocasiones como aquella no eran propias de mujeres. Ya se habían despedido en silencio desde detrás de las altas ventanas de rejilla mientras el cortejo fúnebre se retiraba fuera de la fortaleza, en dirección a las orillas del torrentoso Jaxartes.

Babur se acercaba a la boca oscura del mausoleo, pero Kambar Ali ya lo precedía, con la túnica marrón arremolinada en torno a las piernas en su afán de ser el primero.

–¡Visir! –La voz joven de Babur se oyó severa. Le gustó cómo sonaba.

Las facciones de Kambar Ali registraron una leve crispación cuando se detuvo y se volvió.

–Majestad.

–Encabezaré a los dolientes de mi padre. Es lo que corresponde. – Babur lo adelantó, asegurándose de pisar con fuerza uno de los pies del visir, enfundados en botas de fieltro. También eso le gustó.

–Por supuesto, majestad.

Con cortesía, Babur hizo señas al mulá para que se le uniera. Kambar Ali los siguió a lo largo del pasadizo oscuro de techos bajos. El resto de los miembros del consejo real iba detrás, tal y como correspondía a su rango. Yusuf, en su calidad de tesorero, llevaba un cuenco de monedas de oro relucientes que sería depositado a los pies del sarcófago. Baba Qasqa sostenía un diario de enormes proporciones, encuadernado en piel de color rojo, en el que, como jefe de la casa real, había apuntado los detalles de los gastos del monarca. Aquello también iba a ser dejado en la tumba, para mostrar que el rey se había marchado al otro mundo con sus asuntos en orden. Baqi Bei mecía una bola de cristal, símbolo del cargo de astrólogo de la corte. Más tarde, cuando las exequias hubiesen acabado –pensaba para sí–, echaría una mirada en sus brillantes profundidades y proclamaría, con una voz envenenada de afligidos remordimientos, que las estrellas no iban a aceptar a un simple niño como rey.

Los cortesanos se apoyaron contra las paredes húmedas de la cripta, mientras el resto del séquito se aglomeraba en el pasadizo. El aire